

sujecion. Benedicto VII es elegido en 974, y consagrado por su propia voluntad á curarse tan solo de la reforma de los monasterios y del ornamento de las iglesias. Mas no pudo con todo espacio y en pleno albedrío desempeñar este doble ministerio; porque lo oprimió con grande opresion el partido hostil así al Imperio como al Pontificado, el partido de Cencio. Othon II tuvo, pues, que pasar los Alpes, y correr en auxilio de Benedicto VII. Inútil auxilio, porque murió bien pronto y le sucedió Juan XIV, que apenas elegido, tuvo el sentimiento de ver morir, en edad bien temprana, á los 28 años creo, á su jóven elector, al pobre Othon II. Nacido este con una facultad, óptima para los poetas y pésima para los estadistas, con exaltada imaginacion, proyectaba mas que cumplía, y moviéndose en vertiginoso movimiento, apenas alcanzaba con la voluntad y con la accion al misterioso sitio, donde ponía la meta del deseo, y la idealidad del pensamiento. Así murió de esa enfermedad extraña, frecuente en los que, colocados allá en eminencias, donde todo parece fácil, concluyen por encontrarlo todo difícil ó imposible. Su muerte es la muerte del penitente. Los clérigos lo rodean, el Papa lo confiesa, y la luz de Roma esclarece y alumbra su agonía. Su mujer Teofania mandóle encerrar en un sepulcro romano, sobre el cual puso un mosaico bizantino, verdadero símbolo de aquel extraño jóven que, nacido en los pueblos bárbaros, tuviera por Imperio á la ciudad de Roma, y por esposa á la hija de Bizancio.

Nueva muerte de emperador y nueva sublevacion de Roma. El pobre Juan XIV es arrancado á su sede, y conducido á un calabozo, donde muere por hambre á los cuatro meses de encierro. Su competidor Bonifacio VII vuelve de Bizancio, y toca en la Ciudad Eterna; mas, en tan mal hora, que los romanos lo cogen, le golpean, le hieren, lo matan, lo arrastran, lo mutilan, lo manchan, lo injurian, y dejan su cadáver insepulto, al pié de la estatua de Marco Aurelio. Sucédele Juan XV, erudito á la usanza de aquel tiempo, y enemigo de la gente patricia romana, por ser él á su vez hechura de los alemanes y del Imperio. Papa germánico, pues, debía temer la implacable enemiga de los Cencios, tanto mas cuanto que el Imperio se hallaba personificado en tierno niño como Othon III, y la regencia en débil mujer como Teofania de Bizancio. Así aparece Cencio con el nombre de patricio romano. Engañado fué este acerca del valor de Teofania, porque imitando la emperatriz á su

padre y á su esposo, marchó á la cabeza de los ejércitos como un general; encabezó el sínodo de los obispos y cardenales como un jefe de la Iglesia; dió sentencias como un magistrado experto; entró en Roma como un emperador victorioso. Pero obligada por los sucesos á partirse de Italia á Alemania, donde murió al poco tiempo, recogió Cencio las riendas del Estado, y se declaró protector de Roma. Mas al poco tiempo, vuelve Othon III á la cabeza de numeroso ejército, circuido de obispos, y encontrando á Juan XV muerto, exalta al trono un aleman, príncipe de la sangre sajona, jóven, pues apenas tenía veintitres años, apuesto, que recibe el nombre de Gregorio XV. Othon III, hijo de un padre exaltado y de una madre griega, nieto de aquel Othon el Grande que soñara con la restauracion del Imperio carlovingio y de aquella Adelaida que tuviera en su juventud tantas y tan luctuosas tragedias, pagado de la sangre helénica que corria por sus venas, henchido de pensamientos errantes y fantásticos, con la corona imperial sobre las sienes á los quince años, con un Papa jóven pariente y amigo á su servicio; en Roma, donde parece la palabra imposible, borrada del lenguaje de los hombres; con ambiciones que se creen fáciles de realizar, cuando se miran tras los juegos de la infancia y al ingreso en la mocedad, en que el corazon late con violencia y la ilusion brilla con resplandor cada dia mas nuevo; en tal estado, debía pensar que á sus conjuros iban á renacer las artes, á sus oraciones reedificarse la Iglesia, á su lanza rendirse Constantinopla y el Asia, á su gobierno levantarse de nuevo sobre el mundo atónito un nuevo Imperio digno de Trajano y de Marco Aurelio.

Aleman y príncipe el Papa, precisaba defenderlo con gran defensa y rodearlo de gran seguridad, á cuyo fin tomó Othon todas las disposiciones convenientes, aconsejándose así de la energía como de la clemencia. Mas la disposicion única, que debía tomar para salvarlo todo, no la tomó, el quedarse perpetuamente en Roma. Sus obligaciones le llamaron á Alemania; y una vez en Alemania, los romanos Cencio y sus adherentes, dolidos del gobierno de extranjeros é imperitos, se sublevan y expulsan al Papa. Y un hombre de ínfima extraccion, asentado en la sede episcopal de Placencia por el favor de Teofania, griego de raza, calabrés de nacimiento, maestro en todas las artes de su tiempo, facundo en la palabra, hábil en la política, intrigante en los

sínodos, cortesano en los palacios; de una ambición desapoderada, y como todos los ambiciosos, de una ingratitud sin remedio; aunque debiera su fortuna á los Othones y tuviese en las fuentes bautismales al Papa y al emperador que le amaban como á su padrino, levantóse contra ellos y recibió la tiara de manos de Cencio, para representar el odio eterno del patriciado latino al sacerdocio y al Imperio. Juan XVI se llamaba este Papa, que gobernó espiritualmente á Roma mientras Cencio la gobernaba temporalmente. Mas la eterna tragedia de esta historia se repitió en todas sus partes. Othon III volvió con gran golpe de gentes; y el Papa huyó al campo y Cencio se fortificó en el castillo de San Angelo. Varios jinetes germánicos persiguieron á Juan XV, y lo alcanzaron, y le cortaron la lengua, la nariz, las orejas, y le arrancaron los ojos, y lo metieron mutilado de esta suerte en la celda de un convento, de la cual lo sacaron pocos días despues, para pasearlo por las calles de la Ciudad Eterna á grito de pregon y entre las risotadas del pueblo. Cencio quedaba en su fortaleza abandonado de todos sus partidarios, sin que las gentes sabinas se atrevieran á socorrerle ni las gentes romanas á levantarse en su favor, opresas todas por el poder y por la victoria del emperador y de los alemanes. Al finalizarse el siglo décimo, el 29 de abril de 998, se emprendió el asalto y se rindió la fortaleza, segun los alemanes, vencida por el valor aleman, segun los romanos, por un perjurio de Othon, que ofreciera la vida al patricio y lo matara despues de entregado á su lealtad y á su palabra. El cuerpo del gran patriota estuvo largo tiempo insepulto, en el campo donde Neron atormentara á tantos mártires cristianos. Su hermosa mujer lo recogió con piedad y lo sepultó con verdadero dolor, despues de haber jurado una sangrienta venganza. Y en efecto, cuenta la tradicion que herida en sus sentimientos por la crueldad del emperador, y violada en su cuerpo, y lacrada en su honra por la brutalidad de los imperiales, captóse el ánimo de Othon III, rindió su albedrío, le obligó á enamorarse de ella locamente, y cuando lo tenia perdido de amor, y entregado á sus brazos, le dió muerte. Así acabó la heroica raza de los Othones. Pero entre tantas dificultades y tantos peligros, fueron subiendo como dos astros de primera magnitud para regir los cinco siglos, que aun quedaban de Edad media, el Pontificado y el Imperio.

CAPÍTULO V

APOGEO DEL PONTIFICADO

El año último del siglo décimo aparecia en los ensueños de la Edad media como el año, en que por divinos decretos, en el Evangelio promulgados, iba necesariamente á consumarse la destruccion del mundo y á cumplirse el Juicio Final de la Humanidad. Falsa interpretacion de conocido texto infundia la idea de una próxima y total ruina del planeta, convertido en mares de cenizas y evaporado en nubes de lágrimas. El reinado terrenal de Cristo solo podia durar mil años, y al cumplirse esta fecha fatal, resonarian las trompetas estridentes en el cielo y retemblarian las bases de granito en la tierra, surgiendo, precedido del relámpago y acompañado del rayo, sobre tonante nube como en el Sinaí, Dios á juzgar á los vivos y á los muertos, despertados estos por los ángeles entre las ruinas y los sarcófagos de tan vastos cementerios. Las supersticiones se espesaban entonces en las conciencias como las sombras en los aires. Un sacerdote aseguraba haber visto á San Miguel diciendo misa todas las mañanas en el Paraíso. Otro incitaba al pueblo italiano á que retuviese en los altares por medio de soldados y de asesinos á los santos patronos, que podian partirse de sus tierras. En medio de todas estas supersticiones grotescas oíase un *Dies iræ* que parecia exhalado por las piedras frias, segun resonaba en todas partes, cual si la humanidad entera se encontrase en su postrer agonía. Los que pasaban su vida desgraciadamente en guerras continuas solo podian esperar en la muerte eterna. De ahí, de tal estado, dimanaba que en el Universo, tan risueño, solo se viera la destruccion,